

371101

F8

V.4

1837

*In necessariis unitas, in nondum decisis libertas, in omnibus charitas.*

Unidad en las cosas necesarias, libertad en las no decididas, en todas caridad.



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

1875



Capilla Alfonso XII  
Fondo Emeterio Valverde y Tellez

SOBRE

# LA TOLERANCIA.

NADA hay mas comun en los escritos de la incredulidad moderna que la palabra *tolerancia*. Esta palabra era en el siglo pasado como el grito de reunion de los enemigos del cristianismo, y al oir á los novadores parecia que á una voz *tan dulce y pacificadora* iban á reconciliarse todos los ánimos, á calmarse los odios, á desaparecer todas las rivalidades de las naciones, y que una nueva filosofía recorriendo todo el globo iba á llevar con la tolerancia la paz y la felicidad á todos los pueblos, á la manera que el sol hace gozar á ambos hemisferios de los beneficios de su luz. Sin embargo cuanto mas se prometian ver salir de esta fuente la felicidad pública, mas odiosa representaban la religion cristiana, á la que acusaban de *intolerancia*: si se recordaba para gloria suya que en cuantas partes se habia establecido, habia abo-

008131

lido el culto frecuentemente licencioso y cruel de los falsos dioses, hecho cesar los sacrificios de víctimas humanas, el divorcio, la poligamia, los infanticidios legales, el rigor desmesurado de la esclavitud, y aquel derecho atroz de la guerra que ponía al vencido á discrecion del vencedor, en nada al parecer se tenían todos estos beneficios, porque era, segun decian, *intolerante*: si sus apologistas hacian ver que la época de la civilizacion de los bárbaros fué la de su conversion al cristianismo; que el Evangelio fué el origen comun de donde los Francos, los Godos, los Vándalos, los Lombardos, los Sajones y los Borgoñeses tomaron aquellas primeras instrucciones, que desarrollándose despues han civilizado y constituido los pueblos modernos; que sus primeros maestros fueron los sacerdotes y los obispos; que el estado eclesiástico fué en los siglos bárbaros el depositario de las luces y de la ciencia que habia quedado; que á solo él se debe la conservacion de las lenguas y de los monumentos, cuyo estudio ha formado el gusto y fomentado el ingenio en las naciones de Europa, ninguna impresion hacia todo esto en ánimos preocupados, y se creia sustraerse con razon á la nota de ingratitud para con el Sacerdocio, denunciándole como *in-*

*tolerante*; y en fin si los hombres sabios é ilustrados se sobresaltaban al ver aquella muchedumbre de obras que enseñaban el desprecio á la Divinidad, el odio á la religion y á la autoridad, y que por lo mismo podian conmovier todos los fundamentos de la sociedad, se reclamaba la libertad de pensar, la tolerancia. De este modo se esparcian por todas partes doctrinas nuevas, se miraban las antiguas como preocupaciones, y se insultaba lo pasado ensalzando lo presente. Poseidos los novadores de este delirio, se entregaban á la idea de un alegre porvenir, cuando la experiencia vino á esparcir una luz horrorosa sobre sus teorías, é hizo que al fin se comprendiese que la tolerancia debia tener sus límites, que la libertad no es la licencia, que á las malas doctrinas se siguen las malas acciones, que la sana razon debe arreglar el lenguaje así como la conducta, los escritos lo mismo que las obras, y últimamente que el Criador no ha dado al hombre derecho para decirlo ni hacerlo todo. A pesar de esto aun hoy mismo no se deja de clamar por esa tolerancia tantas veces invocada para no ver en ella mas que el derecho de ultrajar las cosas mas sagradas, y para conspirar impunemente contra el trono y el altar. Parecién-

domé sin embargo que enseñada la juventud por la experiencia de lo pasado, deberá tener mas ciencia de la que ordinariamente es el fruto de los años, y que se puede esperar ahora fijar con mas facilidad sus ideas sobre la tolerancia y la intolerancia, y reunir los ánimos haciendo cesar los equívocos de language, vamos á examinar cuantas especies hay de tolerancia, y lo que debe pensarse acerca de cada una. Este será todo el asunto de esta conferencia.

Con el fin de evitar toda confusion en el language y en las ideas, distinguiremos tres especies de tolerancia: tolerancia civil, tolerancia cristiana, y tolerancia filosofica. Nos atrevemos á esperar que exponiendo nuestras ideas sobre esta materia, conseguiremos desvanecer enteramente muchas preocupaciones.

Hay una tolerancia que yo llamo civil: hablaré de ella y la caracterizaré, aunque ligeramente, solo para declarar que es agena de nuestras discusiones, y que no es la que formará el asunto del presente discurso (1).

[1] Aunque el autor está muy distante de propender á la tolerancia civil, como lo conocerá todo lector; téngase presente que pronunciaba este discurso en un país cuyo gobierno la permite por razones de politica que felizmente no median en España; y que por consiguiente no le era lícito el impugnarla del todo.

La tolerancia civil consiste en permitir el libre ejercicio de todas las religiones, no porque á todas se las mire como iguales á los ojos de la Divinidad, sino porque ciertos gobiernos creen no deber incomodar á los partidarios de los diferentes cultos en la manifestacion pública de su creencia particular. Hasta qué punto pueda en ellos extenderse esta tolerancia, y cuáles sean las medidas de prudencia que deban tomarse para que todo esté dentro de sus justos límites, é impedir que la libertad de cultos degeneren en excesos funestos, son cuestiones que pertenecen á la política, y problemas capaces de embarazar á los mejores ingenios, y á los cuales yo creo sería muy difícil dar una solucion completa para todos tiempos y lugares. Los hábitos, el carácter de los pueblos, y las circunstancias pueden obligar á los gobiernos á tomar medidas diferentes aunque igualmente sábias. En los estados donde felizmente la religion católica es la única, cuyo culto público profesan todos, puede y debe la autoridad desplegar todo su celo para conservar esta apreciable unidad religiosa que tan de cerca interesa la tranquilidad pública. En aquellos en que al contrario hay ya establecidos diferentes cultos, profesados públicamente por diversas por-

ciones de la sociedad, bajo de la vigilancia comun del gobierno, puede la política aconsejar una conducta diferente. Si hay sectas que por sus mismos principios, y por la gerarquía de su sistema religioso, son ménos turbulentas y ménos enemigas de la subordinacion, tambien se han visto algunas veces otras naturalmente revoltosas, que han predicado una especie de independencia evangélica y de igualdad que tiraba á desquiciarlo todo: ¿y quién no advierte que es preciso pesar todo esto con mucha madurez? Si siempre es laudable decir con aquel famoso Condestable (1), el héroe de su siglo y la gloria de su nombre: *una ley, una fe*, ¿no hay tambien circunstancias en que según el estado de los gobiernos es quizá prudente decir como Fenelon al hijo de Jacobo II (2): „Conceded á „todos la tolerancia civil, no aprobándolo todo „como indiferente, sino procurando en todas „ocasiones atraer á los hombres con paciencia „y por una dulce persuasion?” Dejemos estas discusiones delicadas á la sabiduría de los gobiernos que rigen el mundo, y bástenos ahora saber que el cristiano católico en cualquiera

[1] El Condestable de Montmoreney.

[2] *Vie de Fénelon* por Romasay: Amsterdam 1727, pág. 176, &c.

parte que la providencia le haya colocado, debe indudablemente permanecer firme y puro en su religion, no participar de las supersticiones de que puede verse rodeado, y preferir la muerte á la apostasia; que igualmente debe mirar como una obligación la obediencia á las potestades en las cosas civiles, y el respeto al orden político que encuentra establecido, máxima verdadera hoy y verdadera en todos tiempos. Tal es el ejemplo que nos han dejado los cristianos de los tres primeros siglos, nuestros padres y nuestros modelos en la fe. Perseguidos bajo del gobierno de los emperadores romanos, pero siempre sumisos aun cuando podian hacerse temibles por su número y por ocupar los puestos mas eminentes en el senado y en el ejército, jamas se los vió entrar en las ligas que se formaban contra los señores del imperio: su obediencia á las leyes humanas no reconocia otros límites que los que le ponía una ley superior, la de Dios, y cuando se los quería violentar hasta en este divino santuario, sabian morir, pero no sabian sublevarse. El espíritu que los animaba se patentiza en estas palabras del gefe de una legion cristiana á Maximiano: „Es cierto, „Señor (1), que somos soldados vuestros; pero

[1] Léase en *Actes des Martyrs* por D. Ruinart *el mar-*

„tambien lo es que somos los servidores del  
 „verdadero Dios: nos habeis honrado en la mi-  
 „licia; pero nosotros debemos á Dios el don  
 „inestimable de la inocencia: recibimos de vos  
 „la paga como una recompensa debida á nues-  
 „tro trabajo; pero tenemos de Dios la vida co-  
 „mo un don puramente gratuito que nunca he-  
 „mos merecido; no nos es pues permitido obe-  
 „decir á nuestro emperador cuando nos lo  
 „prohibe nuestro Dios. Sí, nuestro Dios y el  
 „vuestro, Señor; y entre morir inocentes y vi-  
 „vir culpables no hay que titubear.” Reparad,  
 señores, como un cristiano ni es cobarde ni  
 sedicioso: independiente en su fe, pero sumiso  
 á las leyes en el orden político, creeria faltar á  
 la religion faltando á los deberes de ciudadano;  
 y en todas partes como en todos los gobiernos  
 sabe dar á Dios lo que es de Dios, y al César  
 lo que es del César. Paso al hablar de lo que  
 he llamado tolerancia cristiana.

Al aparecer el cristianismo sobre la tierra hi-  
 zo abiertamente profesion de enseñar que solo  
 él era el poseedor de la verdad; y por conse-  
 cuencia solo vió en el judaismo figuras que ve-  
 nia á realizar, y en el paganismo supersticiones

—  
 titio de san Mauricio y de sus compañeros.

que venia á destruir. Sus discípulos estaban ani-  
 mados de un celo fervoroso para establecer su  
 imperio y combatir, no con las armas, sino con  
 la persuasion, los errores y los vicios extendi-  
 dos universalmente, y para formar en todas  
 partes al Dios verdadero un pueblo de adora-  
 dores en espíritu y verdad. La religion cristia-  
 na, enemiga inflexible del error, no puede conci-  
 liarse con otra alguna: mirada bajo de este con-  
 cepto es exclusiva, y se la puede llamar *intole-  
 rante*; pero no por eso aborrece á las perso-  
 nas, sino que su carácter distintivo es al mis-  
 mo tiempo el amor á todos los hombres, aun á  
 los enemigos: enseña que para *Jesucristo no hay  
 judío, ni gentil, ni griego, ni bárbaro, ni señor,  
 ni esclavo*; que para él todos los hombres son  
 hermanos, y que la claridad ha hecho caer el  
 muro de division que podia tenerlos separados:  
 mirada de este modo es la mas indulgente de  
 todas, y se la puede llamar *tolerante*; pero no  
 por eso transige jamas con el error; tal es su  
 doble espíritu. El celo contra los errores y los  
 vicios se une en ella con la claridad mútua; y  
 solo confundiendo cosas que se debe saber dis-  
 tinguir, y presentando en esta parte el cristia-  
 nismo bajo de un falso punto de vista, puede  
 conseguirse hacerle odioso: procuremos hacer

comprender bien lo que es la tolerancia cristiana.

Hija del cielo, la religion cristiana ha debido, al mostrarse á los hombres, y ántes de exigir su sumision y sus homenages, exhibir los títulos de su celestial origen; todo pues respecto de ella se reduce á saber si es divina, y al efecto provoca el exámen de la razon sobre las pruebas de su divinidad, y sobre los hechos exteriores y públicos que le sirven de fundamento. Si la religion viene de Dios, si Jesucristo su autor ha tenido verdaderamente derecho para decir á la tierra: *Yo soy la verdad, Ego sum veritas*, es preciso por una consecuencia necesaria que la Iglesia cristiana se muestre celosa en conservar en toda su pureza la doctrina que ha recibido del cielo mismo; que como conservadora fiel del sagrado depósito rechace los errores que la alteran, así como los vicios que la deshonoran, y que siempre vigilante muestre á sus hijos las funestas novedades que podrian sorprenderlos. Convencida de ser la única poseedora de la verdad, tan imposible le es transigir con la mentira, como unirse la luz con las tinieblas, el vicio con la virtud, la ley con la anarquía y la autoridad con la rebelion. La verdad no es mas que una; y hallándose solo en la religion católica, es indis-

pensable que el error infeste mas ó ménos todas las demas. Si la sociedad fundada por Jesucristo no guardase con una valerosa fidelidad las santas verdades que le estan confiadas, la veriamos atacada y desmoronada por todas partes, caer á pedazos, y convertirse en breve en un compuesto impuro de toda clase de errores: léjos pues de reprobar su celo, reconozcamos mas bien que en él consiste su fuerza y su gloria. Si la religion católica fuese indiferente á las opiniones que la combaten, llevaria visiblemente sobre sí misma el sello del error y aun una señal patente de ruina y de destruccion; á la manera que los gobiernos que mirasen con diferencia las tramas de los sediciosos y las rebeliones populares dejarian ver síntomas espantosos de decadencia y de disolucion.

Sin embargo, nunca el celo por la doctrina debe alterar la caridad: la religion que tenemos la dicha de profesar, es intolerante con los errores, pero dulce y benigna con el arrepentido; y todo lo que durante el curso de los siglos haya podido separarse de este doble carácter de severidad por una parte, y de dulzura por otra, de ningun modo ha procedido de la religion. Ella al contrario, nos enseña á sufrir con sentimientos de paz y de indulgencia á los mismos

á quienes creemos en el error, y á compadecerlos mucho mas que á condenarlos: el verdadero cristiano sabe hacer distincion entre el error siempre aborrecible y el hombre que se extravía; entre la paradoja escandalosa y aquel que la sostiene. Es indudable que tan poca indulgencia merece el error como el vicio, y que aun ménos consideracion debe tenerse con el ateo que con el disoluto; pero el celo mas legítimo tiene sus límites, debe estar siempre templado por una sabia condescendencia, y aun en las ocasiones en que las doctrinas pueden dividir los ánimos, la caridad debe unir los corazones.

Parecerá extraña á alguno la intolerancia de la Iglesia cristiana respectó á todo lo que puede alterar su doctrina; ¿pero no vemos la misma intolerancia en todas las cosas humanas? Decidme, señores, ¿qué gobierno hay sobre la tierra que no sea celoso de la integridad de su poder, que no reprima á los facciosos y no mantenga sumisos á sus súbditos? ¿Y no es en esto mismo intolerante para con los enemigos de la autoridad? ¿Cuál es el magistrado que no deba mirar como una obligacion sagrada velar por la seguridad de las personas y de las propiedades, mantener el orden y la tranquilidad pública, perseguir y castigar los delitos y los crí-

menes? ¿Y no es bajo de este concepto intolerante para con los infractores de las leyes? Ved con qué celo un sabio bien convencido de la verdad de su sistema sobre la estructura del globo, ó sobre nuestro mundo planetario, le defiende, y como combate las hipótesis contrarias, siendo por consiguiente intolerante con las opiniones contrarias á la suya. Ved como un literato íntimamente persuadido de que las fuentes mas puras de la sana literatura se encuentran en los siglos de Augusto y de Luis XIV, vindica á los escritores de estas dos épocas memorables, y combate á los temerarios novadores que no participan de su admiracion. ¿Y en estos no se ha de mirar como un crimen esta especie de intolerancia; y yo ministro de la religion, profundamente convencido de su divinidad y encargado de anunciarla á los hombres, yo he de ser acusado de una odiosa intolerancia porque procure convencer las almas de la verdad de su doctrina y de la santidad de sus preceptos; porque manifieste los errores que la desfiguran, y porque la defienda contra los ataques de sus enemigos! ¿Hay justicia en esta acusacion? ¿Qué! ¿Se ha de tener por laudable el celo del magistrado por las leyes, el del sabio por sus sistemas, el del literato por los verdade-

ros principios del buen gusto, y solo el celo por la religion, que es el primero de todos los bienes, se ha de ajar con una calificacion injuriosa? Apóstoles de la tolerancia, ¿teneis dos pesos y dos medidas para pesar los sentimientos y las acciones de los hombres?

¿Pero no es de temer, se dirá, que el celo contra las opiniones irrite los ánimos y los conduzca al odio de las personas? Yo convengo en que el celo puede tener sus excesos; pero tambien la caridad no regulada puede tener los suyos: si aquel puede ser perseguidor, esta puede degenerar en debilidad. ¿Me probaríais amar la persona de un incrédulo, bajo del pretexto de que el amor á las personas puede conducir al de la incredulidad? No ciertamente; pues entonces ¿por qué habeis de condenar el odio á los errores bajo del pretexto de que puede excitarnos al de las personas? Toda caridad que apagase el celo, y todo celo que violase la caridad, serian dos excesos igualmente reprehensibles; ¿pero en qué consiste que se ataca el celo por la religion con una lógica que seria vergonzoso emplear en cualquiera otra materia? Porque de las preocupaciones nacionales, de las pretensiones recíprocas de los gobiernos y de los intereses opuestos del comercio, puedan ori-

ginarse y se hayan originado en efecto con demasiada frecuencia rivalidades, disensiones y guerras sangrientas, ¿deberá no haber ni pueblos, ni gobiernos, ni industria? Porque la sola diversidad de caracteres y de talentos, y la oposicion de intereses puedan ocasionar en las familias disensiones y discordias, ¿será necesario que no haya sociedad doméstica, y que cada individuo de la especie humana viva separado de sus semejantes? No, señores; cuando una cosa es útil, es preciso saberla respetar á pesar del abuso que los malos puedan hacer de ella. ¿Seria justo que se privase al mundo del elemento del fuego que le anima, bajo del pretexto de que puede ocasionar incendios? En una palabra, la tolerancia cristiana no es mas que una caridad bien ilustrada, igualmente distante de una debilidad que todo lo excusa, que de un rigorismo que nada perdona; caridad que sin contemplar el error ni el vicio, nos enseña á amar á los engañados y á los viciosos.

Hace mucho tiempo que los enemigos de la religion nos invitan con empeño á que nos mostremos dulces, indulgentes y tolerantes como Fenelon: el modelo es hermoso sin duda. ¿Qué ministro del altar no se gloriaría en efecto de seguir las huellas del inmortal arzobispo de Cam-

bray, uno de los ingenios mas brillantes que ha producido la naturaleza, y uno de los prelados mas grandes que han ilustrado nuestra Iglesia? Pero los incrédulos no quieren ver, ó han olvidado que cuanto mas dulce, mas compasivo y tierno fué Fenelon en su conducta, tanto mas puro, mas delicado y mas tolerante fué en materia de doctrina y de creencia religiosa: sus escritos, su vida, sus mismos deslices deponen á favor de la inflexibilidad de sus principios: ateos, materialistas, deistas, indiferentes, escépticos y heterodoxos; en fin, todos los enemigos de la verdad han sido combatidos por él, como puede verse fácilmente en sus obras: tiene, es cierto, la desgracia de engañarse; pero su engaño mismo se convierte en una prueba palpable de la delicadeza de su fe, así como tambien en uno de los mas bellos títulos de su gloria: patentizando su profunda sumision á la autoridad, sube él mismo á la cátedra del Evangelio para leer y publicar enternecido la sentencia que le condena: el pastor se muestra tan dócil como la última oveja del rebaño, y jamas la austera é intolerante verdad consiguió un triunfo mas hermoso: si todo esto se llama tolerancia, nosotros seremos muy gustosamente tolerantes.

Paso á hablar de la tolerancia llamada *filosó-*

*fica*, porque ha sido inventada principalmente por esos escritores del último siglo que se han dado á sí mismos el título de *filósofos*, y que consiste en mirar como indiferentes todas las religiones, y en permitir que cada uno siga sin examen la del país que habita. Esta tolerancia no es mas que la indiferencia en materia de religion, por lo cual se la designa con el simple nombre de *indiferentismo* ó *tolerantismo*; palabras que serán sinónimas en nuestro language. ¿Y qué deberémos pensar de esta clase de tolerancia? Esto es lo que nos queda que discutir.

Imposible á la naturaleza humana, reprobado por la sana razon, y funesto en sus efectos; tal es el tolerantismo moderno.

Es ciertamente, señores, tan poco natural al hombre la indiferencia, que todas sus facultades la desechan á un tiempo. El hombre es por su naturaleza inteligente, sensible y activo: como inteligente anhela conocer, busca la verdad y se fija en ella con complacencia cuando la descubre y llega á conocerla; como sensible, desea, teme, espera y ama; y como activo, se complace en manifestar exteriormente sus afectos, sus ideas y sus pensamientos. Yo bien sé que el hombre puede ser seducido por el falso brillo del error, así como por los falsos atractivos del

placer; que puede engañarse acerca de los objetos de su inteligencia, como acerca de los de sus afectos; pero al cabo su misma naturaleza le obliga á amar: ¿y sería posible que un ser que solo vive de inteligencia y de amor se interesase ardientemente por todo, excepto por lo que mas debe interesarle, y que sola la religion fuese extraña á su razon y á sus afectos? ¿Será posible que aquello que se dirige á perfeccionar mi ser, á elevar mis pensamientos, á sostenerme en la virtud y á consolarme en la desgracia, aquello que ha llamado la atencion de todos los sabios, ocupado á todos los legisladores y hecho nacer tantas virtudes, será posible, digo, que me sea indiferente y que no obtenga de mí ningun homenaje, ni aun el del exámen? ¡Ah! ántes arrancaríais del corazon del hombre el deseo de su propia felicidad, que el sentimiento de no sé qué cosa divina, que le llena, que le eleva mas allá de este mundo, que le pone en comunicacion con una inteligencia suprema, y le transporta á la inmortalidad. Tan difícil os sería tener su alma sepultada en los abismos del ateísmo, como su cuerpo continuamente encorvado hácia la tierra. ¿En dónde hallaréis en todo el universo un solo pueblo que no tenga sus creencias religiosas? Yo quiero conceder que

algunos teóricos puedan entregarse á esa indiferencia sin admitir ni desechar cosa alguna; pero esta falta absoluta de toda afeccion piadosa no es propia de la especie humana, y siempre el sentimiento será en ella mas fuerte que los sistemas: el pueblo podrá abandonar insensiblemente su primitiva creencia, adoptar otras nuevas, separarse del camino de la verdad y tomar el de la supersticion; pero por último, la necesidad, la desgracia, la fuerza de la costumbre, la voz de la naturaleza y el grito de una conciencia, á la que no puede resistir, le volverán siempre á la Divinidad, adorará la piedra ó el leño ántes que no adorar cosa alguna, creará los cuentos pueriles con que se entretiene á los niños, mas bien que no creer en nada, y no olvidará al verdadero Dios sino para forjarse dioses imaginarios. ¡Ah! á cuántos, aun entre los incrédulos é indiferentes en teoría, no ha podido librar de terrores supersticiosos su supuesta fortaleza de alma, y á cuántos no ha hecho temblar una cierta combinacion de números, un accidente imprevisto, ó un fenómeno nuevo! Juan Santiago dijo, y dijo con razon: „La duda sobre las cosas que mas nos importa conocer, „es un estado demasiado violento para el alma „del hombre; no resiste á él por mucho tiempo,

„y sin que pueda contenerse se decide de un modo ó de otro (1).” Vosotros nos predicais la indiferencia, podria decirse á los que se han hecho sus apóstoles; pero ¡la practicais vosotros mismos? Si todas las religiones son iguales á vuestros ojos, ¿por qué no nos dejais á nosotros la libertad de seguir la nuestra? ¿Por qué bajo del imperio de vuestro indiferentismo ha de haber sido la religion cristiana perseguida, cerrados ó destruidos sus templos, y degollados sus ministros y cuantos la profesaban? ¡Ah! la indiferencia existia solamente en vuestros discursos; pero el odio se descubria en vuestras acciones; léjos de observar esa indiferencia, vomitábais mil imprecaciones contra Dios y contra su Cristo, destruíais los altares para adorar la *razon*, y arrastrábais con violencia al pié del nuevo ídolo á los que no habian podido seducir vuestros discursos. ¿Y por qué aun hoy dia se prodigan todas esas injurias á la religion de nuestros padres? ¿Por qué se tiene ese odio sombrío al ministerio sagrado, y se hacen tantos esfuerzos para infamarle, envilecerle y arruinarle en el concepto de los pueblos? ¿Son rasgos estos de indiferencia? ¿Cuán cierto es que

(1) *Emile*, lib. IV, tom. III.

la indiferencia es imposible aun para los mismos que aparentan profesarla mas decididamente!

Pero veamos en qué se funda ese sistema de indiferencia. Se dice que nada importan las creencias religiosas, que basta ser hombre de bien, que lo demas es arbitrario; y sobre todo, que si es necesaria al hombre una religion, cada uno debe seguir la de su pais: hé aquí á lo que se reduce el indiferentismo cuando se le despoja de las frases del charlatanismo.

Se dice primeramente que nada importan las creencias religiosas. ¿Pero qué! ¿nada importa creer ó no creer en Dios, en la providencia, en la vida futura? ¿Es posible ser racional, y sin embargo entregarse sobre esto á la indolencia y á la apatía? ¿Cómo se ha de permanecer indeciso entre el ateismo y la creencia de un Dios; entre el fatalismo que todo lo abandona á un ciego destino, y la doctrina de una Providencia atenta á nuestras necesidades; entre el materialismo que no promete á la virtud desgraciada mas que la nada, y la religion que abre ante ella las puertas de la inmortalidad? ¿Quién no conoce que sus afectos y su conducta estan enlazados y dependen de su creencia en esta materia? Si no hubiese Dios, ni providencia, ni vida futura, todas las religiones serian una im-

postura, y todos nuestros pensamientos deberian concentrarse en la vida presente; pero si tenemos en el cielo un Señor, un Padre, un Juez; si hay algo que esperar ó que temer mas allá del sepulcro, es preciso conocer que debemos elevar mas nuestros pensamientos, y pensar en nuestro destino futuro. En vano un festivo epicúreo, para quien es un penoso trabajo el reflexionar, cantará la indiferencia en versos hijos del placer y de la licencia; en vano nos convidará á cubrir de flores el camino de la vida sin que nos cause inquietud el término á que debe ir á parar; todas las sales de una imaginacion voluptuosa no quitarán á este sistema todo lo que tiene de monstruoso á los ojos de la razon. En efecto, precipitarse en los abismos eternos sin pensar en la suerte que en ellos nos espera, no es fortaleza de alma, es un frenesí. Interésenos poco enhorabuena que la tierra sea el centro del mundo planetario, como asientan los antiguos, ó que por su movimiento anual nos haga girar con ella al rededor del sol como quieren los modernos: estas son cosas que ignora casi la totalidad del género humano, y sin las que puede pasar; pero la existencia de un Dios, de una providencia y de una vida futura son verdades eternas que seria una extravagancia mi-

rar como un juguete, y con razon ha dicho Pascal: „En hora buena que no profundicemos la „opinión de Copérnico; pero importa para toda „la vida estar convencidos de que el alma es in- „mortal (1).”

Se nos dice que basta ser hombres de bien; ¿pero no es el primer deber del hombre obedecer al que ha hecho al hombre? ¿Tiene la criatura derecho para sacudir el yugo de su Creador? ¿Puede dispensarse de pagar un tributo de adoracion y de amor á aquel de quien todo lo ha recibido? Y habiéndose dignado este Señor, por un puro efecto de su bondad incomprendible, pues que es infinita, manifestarnos su voluntad santa, darnos una religion positiva, y revelarnos lo que debemos creer y obrar, ¿podremos despreciar impunemente este beneficio, y dictarle la ley en lugar de recibirla? ¿No es Dios el Rey de los espíritus como el de la materia? ¿No tiene derecho para mandar á nuestro entendimiento que se adhiera á las verdades que nos revela, y á la voluntad que se someta á los preceptos que le impone? Sí, tan imposible nos es sustraernos de su imperio como á sus miradas. Si esta revelacion nos fuese del todo desconocida

[1] *Pensées*, cap. XXVIII núm. XXII.